

## EL CONFLICTO RELIGIOSO

DESDE que las Cortes Constituyentes votaron la monarquía, Amparo y sus correligionarias andaban furiosas. Corría el tiempo, y las esperanzas de la Unión del Norte no se realizaban, ni se cumplían los pronósticos de los diarios. ¡Que hoy!... ¡que mañana!... ¡que nunca, por lo visto! ¡En vez de la suspirada federal, un rey, un tirano de fijo, y tal vez un extranjero! Por estas razones en la Fábrica se hacía política pesimista y se anunciaba y deseaba que al Gobierno "se lo llevase Judas,". Dos cosas sobre todo alteraban la bilis de las cigarreras: el incremento del partido carlista y los ataques á la Virgen y á los Santos. A despecho de la acusación de "echar contra Dios," lanzada por las campesinas á las ciudadanas, la verdad es que, con contadísimas excepciones, todas las cigarreras se manifestaban acordes y unánimes en achaques de devoción. Ella sería más ó menos ilustrada, pero allí había mucha y fervorosa piedad. Es cierto que sobre el altar de pésimo

gusto dórico existente en cada taller depositaban las operarias sus mantones, sus paraguas, el hatillo de la comida; mas este género de familiaridad no indicaba falta de respeto, sino la misma costumbre de ver allí el ara santa, ante la cual nadie pasaba sin persignarse y hacer una genuflexión. Y es lo curioso que á medida que la revolución se desencadenaba y el republicanismo de la Fábrica crecía, tomaban incremento las prácticas religiosas. El cepillo colocado al lado del altar, donde los días de cobranza cada operaria echaba alguna limosna, nunca se vió tan lleno de monedas de cobre; el cajón que contenía la cera de alumbrar, estaba atestado de blandones y velas; más de sesenta cirios iluminaban los días de novena el retablo; primero les faltaría á las cigarreras agua para beber, que aceite á la lámpara encendida diariamente ante sus imágenes predilectas, una Nuestra Señora de la Merced de doble tamaño que los cautivos arrodillados á sus plantas, un San Antón con el sayal muy adornado de esterilla de oro, un Niño-Dios con faldellines huecos y su mundito azul en las manos. Nunca se realizó con más lucimiento la novena de San José, que todas rezaron mientras trabajaban, volviéndose de cara al altar para decir los actos de fe y la letanía, y berreando el último día los gozos con mucha unción, aunque sin afinación bastante. Jamás produjo tanto la colecta para la procesión del Santo Entierro y novena de los Dolores; y, por último, en ocasión alguna tuvo el numen protector de la Fábrica, la

Virgen del Amparo, tantas ofertas, culto y limosnas, sin que por eso quedase olvidada su rival Nuestra Señora de la Guardia, estrella de los mares, patrona de los navegantes por la bravía costa.

Bien habría en la *Granera* media docena de espíritus fuertes, capaces de blasfemar y de hablar sin recato de cosas religiosas; pero dominados por la mayoría, no osaban soltar la lengua. A lo sumo se permitían maldecir de los curas, acusarles de inmorales y codiciosos, ó renegar de que se "metiesen en política," y tomasen las armas para traer el "escurantismo y la Inquisición": cuestiones más trascendentales y profundas no se agitaban, y si á tanto se atreviese alguien, es seguro que le caería encima un diluvio de cuchufletas y de injurias.

—¡Está el mundo perdido! —decía la maestra del partido de Amparo, mujer de edad madura, de tristes ojos, vestida de luto siempre desde que había visto morir de viruelas á dos gallardos hijos que eran su orgullo. —¡Está el mundo revuelto, muchachas! ¿No sabéis lo que pasa allá por las Cortes?

—¿Qué pasará?

—Que un diputado por Cataluña dice que dijo que ya no había Dios, y que la Virgen era esto y lo otro... Dios me perdone, Jesús mil veces.

—¿Y no lo mataron allí mismo? ¡Pícaro, infame!

—¡Mal hablado, lengua de escorpión! ¡No habrá Dios para él, no; que él no lo tendrá!

—No, pues otro aún dijo otros horrores de barbaridá, que ya no me acuerdan.

—¡Empecatao! ¡Pimiento picante le debían echar en la boca!

—¡Ay! ¡y una cosa que mete miedo! Dice que por esas capitales toda la gente anda asustadísima, porque se ha descubierto que hay una compañía que roba niños.

—¡Ángeles de mi alma! ¿Y para qué? ¿para degollarlos?

—No, mujer, que son los protestantes para llevarlos á educar allá á su modo en tierra de ingleses.

—¡Señor de la justicia! ¡Mucha maldad hay por el mundo adelante!

Conocido este estado de la opinión pública, puede comprenderse el efecto que produjo en la Fábrica un rumor que comenzó á esparcirse quedito, muy quedito, y, como en el aria famosa de la *Calumnia*, fué convirtiéndose de cefirillo en huracán. Para comprender lo grave de la noticia, basta oír la conversación de Guardia-na con una vecina de mesa.

—¿Tú no sabes, Guardia? La *Pintiga* se metió protestanta.

—¿Y eso qué es?

—Una religión de allá de los *inglis man-glis*.

—No sé por qué se consienten por acá esas religiones. Maldito sea quien trae por acá semejantes demoniuras. ¡Y la bribona de la *Pintiga*, mire V.! Nunca me gustó su cara de iniricia...

—La dieron cuartos, mujer, la dieron cuartos; si que tu piensas...!

—A mí... ¡más y que me diesen mil pesos du-ros en oro! Y soy una pobre, repobre, que sólo para tener bien vestiditos á mis pequeños me venfan... ¡juy!

—¡Condenar el alma por mil pesos! Yo tam-poco, chicas—intervenia la maestra.

—Saque allá, maestra, saque allá... Comerá uno broná toda la vida, gracias á Dios que la da, pero no andará en trapiondas.

—Y diga... ¿qué la hacen hacer los protestan-tes á la *Pintiga*? ¿Mil indecencias?

—La mandan que vaya todas las tardes á una cuadra, que dice que pusieron allí la capilla de ellos... y la hacen que cante unas cosas en una lengua, que... no las entiende.

—Serán palabrotas y pecados. Y ellos, ¿quié-nes son?

—Unos clérigos que se casan...

—¡En el nombre del Padre! ¿Pero se casan... como nosotros?

—Como yo me casé... vamos al caso, delante de la gente... y llevan los chiquillos de la mano, con la desvergüenza del mundo.

—¡Anda, salero! ¿Y el arzobispo no los mete en la cárcel?

—¡Si ellos son contra el arzobispo, y contra los canónigos, y contra el Papa de Roma de acá! ¡Y contra Dios, y los Santos, y la Virgen de la Guardia!

—Pero esa lavada de esa *Pintiga*... ¡ma-los perros la coman! No, pues como se arri-

me de esta banda, ¡yo le diré cuántas son cinco!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

Así crecía la hostilidad y se amontonaban densas nubes sobre la cabeza de la apóstata, á quien por el color de su tez biliosa y de su lacio pelo, por lo sombrío y zaino del mirar, llamaban *Pintiga*, nombre que dan en el país á cierta salamandra manchada de amarillo y negro. Era esta mujer capaz de comer suela de zapato á trueque de ahorrar un maravedí, y no ajena á su conversión una libra esterlina, ó doblón de á cinco, que para el caso es igual. Si lo cobró, y pudo coserlo en una media con otras economías anteriores, bien lo amargó aquellos días. Acercábase á una compañera, y ésta le volvía la espalda; su mesa quedó desierta, porque nadie quiso trabajar á su lado; ponía su mantón en el estante, y al punto se lo empujaban disimuladamente desde la otra parte de la sala, para que cayese y se manchase; dejaba su plato de comida en el altar, y lo veía retirado de allí con horror por diez manos á un tiempo; la maestra examinaba sus mazos de puros, antes de darlos por buenos y cabales, con ofensiva minuciosidad y ademán desconfiado. Un día de gran calor pidió á la operaria que halló más próxima que la prestase un poco de agua; y ésta, que acababa de destapar un colmado frasco de cristal para beber por el, la contestó secamente: "No tengo meaja." Señaló la *protestanta* al frasco, con ira silenciosa, y la opera-

ria, levantándose, lo tomó y derramó por el suelo su contenido sin pronunciar una palabra. Púsose verde la *Pintiga*, y llevó la mano, sin saber lo que hacía, al cuchillo semicircular; pero de todos los rincones del taller se alzaron risas provocativas, y hubo de devorar el ultraje, sopena de ser despedazada por un millar de furiosas uñas. En mucho tiempo no se atrevió á volver á la Fábrica, donde la corrían.

**E**XTRAMUROS, al pié de las fortificaciones de Marineda, celébrase todos los años una fiesta conocida por *las Comiditas*, fiesta peculiar y característica de las cigarreras, que aquel día sacan el fondo del cofre á relucir y disponen una colación más ó menos suculenta para despacharla en el campo; campo mezquino, árido, donde sólo vegetan cardos borriqueros y ortigas. Desde el lavadero público hasta el alto de Aguasanta, ameno y risueño, se había esparcido la gente, sentándose, si podía, á la sombra de un vallado ó en la pendiente de un ribazo, y si no, donde Dios quería, al raso, sin paraguas ni quitasol. Y cuenta que ambos chismes podrían ser igualmente necesarios, porque el astro diurno, encapotado por nubarrones que amenazaban chubasquina, despedía claridad lívida y sorda, y á veces por la ahogada calma de la atmósfera atravesaban soplos de aire encendido, bocanadas de solano que amagaban tempestad.

No por eso había menos corros de baile y canto, menos puestos de rosquillas y *jinetes*, menos meriendas y comilonas. Aquí se escuchaba el rasgueo de guitarras y bandurrias; más allá retumbaba el bombo, y la gaita exhalaba su aguda y penetrante queja. Un ciego daba vueltas á una *zanfona* que sonaba como el obstinado zumbido del moscardón, y al mismo tiempo vendía romances de guapezas y crímenes. A pocos pasos de la gente que comía, mendigos asquerosos imploraban la caridad: un elefanciaco enseñaba su rostro bulboso, un herpético descubría el cráneo pelado y lleno de pústulas, éste tendía una mano seca, aquél señalaba á un muslo ulcerado, invocando á Santa Margarita para que nos libre de "males extraños". En un carretoncillo, un fenómeno sin piernas, sin brazos, con enorme cabezón envuelto en trapos viejos, y gafas verdes, exhalaba un grito ronco y suplicante, mientras una mocetona, de pié al lado del vehículo, recogía las limosnas. En el aire flotaban los efluvios de dos toneles de vino que ya iban quedando exangües, y el vaho del estofado, y el olor de las viandas frías. Oíanse canciones entonadas con voz vinosa, y llantos de niños, de los cuales nadie se cuidaba.

Componíase el círculo en que figuraba Amparo de muchachas alegres, que habían esgrimido briosamente los dientes contra una razonable merienda. Allí estaba la Comadreja, á quien no era posible aguantar, de puro satisfecha y vana, porque tenía en Marineda al capi-

tán de la *Bella Luisa*, y si él no había querido convidarse á merendar "por el aquel del bien parecer", contaba con que la acompañaría al terminarse la función. Allí también Guardiania, penetrada de alegría por otra causa diversa: porque había traído consigo á dos de sus pequeños, el escrofuloso y la sordo-mudita; en cuanto al mayor, ni se podía soñar en llevarlo á sitio alguno donde hubiese gente, porque le entraba en seguida la "afición". La niña sordo-muda miraba alrededor, con ojos reflexivos, aquel mundo, del cual sólo la llegaban las imágenes visibles; por su parte el niño, que ya tendría unos trece años, y que hubiera sido gracioso á no desfigurarle los lamparones y la hipertrofia de los labios, gozaba mucho de la fiesta y se sonreía con la sonrisa inocente, semibestial, de los *bobos* de Velázquez. Guardiania no se mostró muy comedora: los mejores bocados los reservó para sus hermanos.

—¿Qué tienes, Guardia?—la preguntó la radiante Ana.

—Mujer, algunos días parece que estoy así... cansada. He de ir á que me levanten la paletilla, porque imposible que no se me cayese.

—Aprensiones, aprensiones. Canta *El Joven Telémaco*, Amparo.

Amparo y otras dos ó tres del taller de cigarrillos, rendidas de calor y ahitas de comida, se habían tendido en una pequeña explanada, que formaba el glacis de la fortificación, adoptando diversas posturas, más ó menos cómodas. Unas, desabrochándose el corpiño, se ha-

eran aire con el pañuelo de seda doblado; otras, tumbadas boca abajo, sostenían el cuerpo en los codos y la barba en las palmas de las manos; otras, sentadas á la turca, alzaban cuándo la pierna izquierda, cuándo la derecha, para evitar los calambres. Por la seca hierba andaban esparcidos tapones de botellas, papeles engrasados, espinas de merluza, cascos de vaso roto, un pañuelo de seda, una servilleta gorda.

Fuese efecto de la comida y del vinillo del país, ligero y alegre como unas pascuas, ó del aire solano, que tiene especial virtud excitante para los nervios, hallábanse las muchachas alborotadas, deseosas de meterse con alguien, de gritar, de hacer ruido. Estaban ebrias, no del escaso mosto bebido, sino del vaivén y mareo de la romería, de los colores chillones, de los sonidos discordantes; sólo la sordo-muda permanecía indiferente, con su límpida mirada infantil. La casualidad proporcionó á las bríosas mozas un desahogo que tuvo mucho de cómico y pudo tener algo de dramático.

Es el caso que vieron adelantarse y dirigirse hacia ellas un individuo de extraña catadura, alto y delgado, vestido con larga hopalanda negra y acompañado de otro que formaba con él perfecto contraste, pues era rechoncho, pequeño y sanguíneo, y llevaba americana gris rabricorta. Al aspecto de la donosa pareja llorieron los comentarios.

—El del gabanón parece un cura—dijo Guadiana,

—No es cura—afirmó la Comadreja.—¿No le ves unas patillitas como las de un padronés?

—Pero, mujer, si lleva alzacuello.

—¡Qué alzacuello! Corbata negra.

—El gordo es un *inguilis*.

—¡Ay, Jesús; parece que le pintaron la barba con azafrán!

—¿Y aquello qué es? ¡Madre mía de la Guardia; un antejojo en un ojo solo, y colgado en el aire! ¡Mira, mira!

—Callar, que vienen para acá.

—Vienen aquí en derechura.

—No, mujer.

—¡Dale! Vienen y vienen. ¿Te convences, porfiosa?

—Es que les gustaste tú.

—No, tú. El del azafrán viene á casarse contigo.

—Pues á ti te mira mucho el clérigo mal comparado.

—¡Chssss! Callar, que están cerca, alborotadoras de Judas.

—¡Callaban! Que callen ellos si les da la gana.

Y Amparo y Ana cantaron á duo:

Me gusta el gallo,  
me gusta el gallo,  
me gusta el gallo  
con azafrán...

No obstante estos primeros indicios de hostilidad, los dos graves personajes se aproximaban al corro, con mucha prosopopeya. El de la

hopalanda, no bien se acercó lo suficiente, pronunció un "á loz piéz de Vds., zeñoras", que hubiese provocado explosión de carcajadas, si al pronto no pudiese más la curiosidad que la risa. ¡Tenía el bueno del hombre una voz tan rara, ceceosa, á la andaluza, y una pronunciación tan recalcada!

—Tengo el honor—prosiguió metiendo las manos en los bolsillos de su inmenso tabardo—de ofreser á Vds. un librito de lectura muy provechoza para el ezipiritu, y ezipero me dispensarán el ozequiu de repazarlo con atención. Yo lez ruego reflexionen sobre el contenido de ezto imprezo, zeñoras mía.

Diciendo y haciendo, las presentaba tres ó cuatro volúmenes empastados y un haz de hojas volantes. Nadie estiró la mano para recoger los *imprezo*, y él fué depositando suavemente en los regazos de las muchachas el alijo. El inglés tripudo observaba el reparto con su fulgurante monóculo.

—¡Así Dios me salve (Ana fué la primera en hablar), yo conozco á estos pajarracos! Oyes tú, Bárbara, ¿éste no es el que puso la capilla en la cuadra?

—El mismo... Es el que berrea allí por las tardes.

—¿El que le dió los cuartos á la Píntiga?

—Sí, mujer.

—Y éste, ¿no dice que fué cura?

—Dice que sí, allá en su país, y que ahora es cura de ellos y está casado.

—¡Casado!!!

—Bueno, está... con una viuda. Ya tienen... —y la muchacha remedó burlescamente el llanto de un recién nacido.

—¿Y el otro bazuncho?

—Es el que...—y frotó el índice con el pulgar, ademán expresivo que significa en todas partes soltar dinero.

Mientras duraban estas explicaciones en voz baja, Amparo había leído el título de algunos folletos: "*La verdadera Iglesia de Jesús... La redención del alma... Cristo y Babilonia... La fe del cristiano purificada de errores... Roma á la luz de la razón...*" Entre los retazos de diálogo que llegaban á sus oídos y los fragmentos de hoja impresa en que fijaba la vista, penetró el misterio. Levantóse grave, determinada, como el día que peroró en el banquete del Círculo Rojo.

—Oiga usted—pronunció en tono despreciativo—esto que nos ha dado usted no nos hace falta, ni para nada lo queremos. Vaya usted á engañar con ello adonde haya bobos.

—Zeñora, no ha zío mi ánimo...

—Pensará usted que somos como otras, infelices, que las compran ustedes por una triste peseta; pues sepa usted, repelo, que acá ni por las minas del Potosí renegamos como San Judas.

—Zeñora... hermanaz mía... tómense usted la molestia de reflexionar, y verán la pureza de mi intencionez, que zon darle á conosé la doctrina de Jezú nuetro Zalvaor...

Pronta como un rayo, y con fuerzas que duplicaba la cólera, Amparo desbarató la encua-

dernada Biblia, hizo añicos las hojas volantes, y lo disparó todo á la cara afilada del catequista y á la rubicunda del silencioso inglés, los cuales, habituados, sin duda, á tal género de escenas, volvieron grupas y trataron de escurrirse lo más pronto posible entre el concurso. Por su mal, era éste tan apretado y numeroso en aquel sitio, que ó tenían que retroceder, dar un rodeo y volver á cruzar ante el grupo de muchachas, ó aguardar una ocasión de filtrarse entre de la gente. Optaron por lo primero, y avinolos mal, porque Amparo, como el corcel de batalla que ha olido la sangre, dilatadas las fosas nasales, brillantes los ojos, se preparaba á renovar la lid, animando á sus compañeras.

—Son los protestantes. A correrlos.

—A correrlos: ¡viva!

—Van á pasar otra vez por aquí... ánimo... á ver quien les acierta mejor.

—¡Que vengan, que vengan! ¡Ahora entra lo bueno!

Recelosos, arrimados el uno al otro, probaron á deslizarse los dos apóstoles sin ser observados de las mozas, que ya los aguardaban haldas en cinta. Así que los vieron á tiro, enarbolaron cuál medio pan, cuál un trozo de empanada, cuál una pera, y Ana, rabiosa, no encontrando proyectil á mano, cogió á puñados la tierra para arrojársela. Cayó la granizada sobre los protestantes cuando menos se percataban de ello; un queso se aplanó sobre la faz del inglés, rompiéndole el monóculo; un gajo de cerezas despedido por el hermano de Guar-

diana se estrelló en la nuca del ministro, y la embadurnó lastimosamente. Al par que bombardeaban, denostaban las intrépidas muchachas al enemigo.—Tomar, á ver si reventáis—chillaba la Comadreja.—De parte de Nuestra Señora—gritaba Guardiania.—Para que volváis á dar dinero por hacer maldades—vociferaba Amparo lanzando con notable acierto un tenedor de palo al cura.—Cerrados los puños como para boxear, inyectado el rostro, fieros los azules ojos, vínose sobre el grupo el hijo de la Gran Bretaña, resuelto, sin duda, á hacer destrozos en las heroínas; amenazadora actitud que redobló el coraje de éstas.

—Venga usted, venga usted, que aquí estamos—le decía Amparo con voz vibrante, bella en su indignación como irritada leona, asiendo con la diestra una botella; mientras Ana, pálida de ira, se apoderaba de la cazuela en que había venido el guisado, y las restantes amazonas buscaban armamento análogo. Pero ya, al ruido de la escaramuza, se arremolinaba gente, y gente adversa á los catequistas, á quienes conocían bastantes de los espectadores; y el ministro, verde de miedo, con turbada lengua aconsejaba á su acompañante una prudente retirada.

—Ejelas, mitér Ezmite... (Smith). Ejelas, que no zaben lo que jazen... Ejelas, que aquí nadie noz efenderá, de zeguro... Yo debo ar ejemplo de manzeddumbre...

No hizo caso *mitér Ezmite*, por demás mohino y amostazado con el bombardeo de comes-

tibles; pero antes de que llegase al grupo cumpli6se la profecia del ministro, interponi6ndose m6s de treinta personas, que rodearon 6 los malaventurados ap6stoles apret6ndolos en t6rminos que no les dejaban respirar. A poca distancia un agente de policia presenciaba una rifa, y aunque harto veia con el rabo del ojo el motin, no di6 el m6s leve indicio de querer intervenir en 6l, y hasta que vi6 6 los dos catequistas abrirse paso trabajosamente y huir como perro con maza, perseguidos por la rechifla general, no volvi6 la cabeza ni se acerc6, preguntando al descuido:—"¿Qu6 pasa aqu6, se6ores?"

## XXVI

## LADOS FLACOS

**P**ARA la Comadreja el desenlace de la romer6a fu6 delicioso: comenzaron 6 llover gotas anchas cuando ya se aproximaba la noche, y vino el capit6n mercante 6 ofrecerla el brazo y un paraguas. A la luz de los faroles de la calle, que rielaba en el mojado pavimento, Amparo vi6 alejarse 6 la pareja y qued6se poseida de una especie de tristeza interior que rara vez domina 6 los temperamentos sangu6neos, alegres de suyo. Aquella melancol6a atacaba 6 la Tribuna desde que no alimentaba su viva imaginaci6n con espect6culos pol6ticos y desde que al bullicio de la Uni6n del Norte sucedi6 la habitual y uniforme vida obrera de antes, sin asomo de conspiraci6n ni de otros romancescos incidentes. Por distraerse, habl6 m6s con Ana de amor6s y menos de pol6tica. Ana se prestaba gustosa 6 semejantes coloquios. Lleg6 la Tribuna 6 saber de memoria al capit6n de la *Bella Luisa*, sus h6bitos, sus viajes, sus caprichos, y el eterno proyecto de matrimonio, diferido siempre por altas razones de conveniencia,

que explicaba Ana con sumo juicio y cordura. Si ella se quisiese casar con algún *artista* de esos ordinarios, un zapatero, verbigracia, cansada estaría de tener marido; pero ¿para qué? para cargarse de familia, para vivir esclava, para sufrir á un hombre sin educación. No en sus días.

—¿Y si te deja plantada Raimundo?—preguntaba Amparo nombrando al galán de su amiga, como lo hacía ésta, por el nombre de pila.

—¡Qué ha de dejar, mujer... qué ha de dejar! ¡Diez años de relaciones! Y luego, aquel señorío de *estar* tanto tiempo con un chico fino, eso no me lo quita nadie.

Amparo protestó: ella no entraba por cosas de ese jaez; quería poder enseñar la cara en cualquier parte; quería, como dijeron los señores de la Unión, moralidad y honradez ante todo.

—¿Si pensarás tú — replicó Ana viperinamente — que el de Sobrado venía á casarse contigo?

—¿El de Sobrado? ¿Y qué tengo yo que ver con el de Sobrado?

—Anduvo tras de ti, y si no estuviese fuera, sabe Dios... No digas, mujer, no digas, que bastantes veces lo encontré yo por los alrededores de la Fábrica.

—Bueno, bueno, ¿y qué? ¿Por qué, un suponer, no se había de casar conmigo? Yo seré de igual madera que otras que pertenecían á mi clase, y ahora... Tú bien conoces á la de Negro... aquella tan guapa que lleva abrigo de

terciopelo y capota de tul blanco... Pues, hija mía, sardinera del muelle primero, cigarrera después, y luego la vino Dios á ver con ese marido tan rico... ¿Y la de Alvarez? A esa la acuerdan aquí liando puros, y en el día tiene una casa de tres pisos y un buen comercio en la calle de San Efrén... ¿Y la que casó con aquel coronel del regimiento de Zaragoza?... Una chiquilla, que también hacía pitillos... En la actualidad, para más, hay el aquel de que las clases son iguales; ese rey que trajeron dice que da la mano á todo el mundo, y la mujer abrazó en Madrí á una lavandera; y si viene la federal, entonces...

—Sí, sí, véle con eso á doña Dolores, la de Sobrado.

—¡Pues... Jesús, Ave María! ¡No se allegue V., que mancho! Me parece á mí que los de Sobrado no son de allá de la aristocracia, ni del barrio de Arriba. Aún hay quien los vió cargando fardos en el almacén de Freixé, el cata-lán; que por ahí empezaron, ¡repelo! Hijos del trabajo como tú y como yo.

—Pero, mujer, si ya se sabe que son así; nada y nada, y vanidá que les parte el alma. Como el hijo es de tropa piensan que sólo la Princesa de Asturias sirve para él... Mira tú cómo ahora que las de García pierden el pleito están medio reñidas con ellas... Y eso que la mayor de Sobrado, la Lolita, no quiso apartarse de la amiga y sigue yendo allá...

—Corriente; ellos no nos querrán á los demás, pero los demás bien nos valemós sin

ellos... Para comer yo no les he de pedir, y el hijo, si me quiere decir algo, ha de ser con el cura de la mano, que si no...

Echóse á reir la Comadreja y citó ejemplos dentro de la misma Fábrica: ¿qué les había sucedido á Antonia, á Pepita, á Leocadia? Y eran las que más hablaban y más se la echaban de plancheta. La que se conformaba con los de su clase, aún menos mal; pero la que andaba con señores...

—Esas cosas —añadía la Comadreja— no tienen remedio; nos hacen ver lo negro blanco...

—Si me quisiera perder—exclamó ofendida Amparo—no me faltaría por dónde, como á todas.

—¡Bueno! No cuadró, mujer, que lo demás... También nõ te gustarían los que se te pusieron delante, porque hay hombres que se tirarían uno á la bahía por ellos, y otros que ni forrados de onzas... Y á veces los que le chistan á uno no se dan por entendidos... Y al fin y al cabo, hija, ¿qué se gana con vivir mártir? Nadie cree en la dinidá de una pobre.

—¿Y por qué ha de ser así? ¡Esa no es ley de Dios!

—No, pero... ¿qué quieres tú?

Quedábase Amparo pensativa. Cuantas sugerencias de inmoralidad trae consigo la vida fabril, el contacto forzoso de las miserias humanas; cuantas reflexiones de enervante fatalismo dicta el convencimiento de hallarse indefenso ante el mal, de verse empujado por circunstancias invencibles al precipicio, pesaban

entonces sobre la cabeza gallarda de la Tribuna. Acaso, acaso tenía sobrada razón la Comadreja. ¿De qué sirve ser un santo si al fin la gente no lo cree ni lo estima; si por más que uno se empeñe, no saldrá en toda la vida de ganar un jornal miserable; si no le ha de reportar el sacrificio honra ni provecho? ¿Qué han de hacer las pobres, despreciadas de todo el mundo, sin tener quien mire por ellas, más que perderse? ¡Cuántas chicas bonitas, y buenas al principio, había visto ella sucumbir en la batalla, desde que entró en su taller! “Pero... vamos á cuentas—añadía para su sayo la oradora:—diga lo que quiera Ana, ¿no conozco yo muchachas de bien aquí? ¡Está esa Guardiania, que es más pobre que las arañas y más limpia que el sol! Y de fea no tiene nada; es... así... delgadita... Ella se confiesa á menudo... dice que el confesor la aconseja bien...”

Amparo se quedó cada vez más pensativa después de esta observación.

“Yo, confesar, me confesaría... Pero luego... si el cura sabe que me meto en política... ¡Bah! Bien basta en Semana Santa... Tampoco yo, gracias á Dios, no soy ninguna perdida... me parece...”

XXVII

BODAS DE LOS PAJARITOS

**R**EGRESÓ Baltasar de Navarra y las Provincias firmemente resuelto á estrujar la vida, como si fuese un limón, para exprimirle bien el zumo. Habiendo visto de cerca la guerra civil, comprendió que no hacía sino empezar y que prometía ser encarnizada y duradera, á pesar de que la *Gaceta* anunciaba diariamente la dispersión de las últimas partidas y la presentación del postrer cabecilla. Desde luego Baltasar traía un grado más, y ganas de precipitarse en algún abismo cubierto de flores, ya que las balas carlistas se lo toleraban. Vista de lejos, la opinión pública de su ciudad natal le pareció mucho menos temible, y resolvióse á arrostrarla en caso de necesidad, si bien con maña y no provocándola de frente.

Más de una vez, bajo la ligera tienda de campaña ó en algún caserío vascongado, se acordó de la Tribuna y creyó verla con el rojo mantón de Manila ó con el traje blanco y azul de gru-

mete. Las mujeres que encontraba por aquellos países no le distrajerón, porque eran generalmente toscas aldeanas curtidas del sol, y si tropezó con alguna beldad eúskara, ésta, en vez de sonreír al oficial amadeista, le echó mil maldiciones. Además, Baltasar, frío y concentrado, no era de los que toman por asalto un corazón en un par de horas. De suerte que al volver á Marineda, en vez de rondar la Fábrica, como antes, se resolvió, desde el primer día, á acompañar á Amparo cuando la viese salir, y ejecutó la resolución con su serenidad habitual. Mucho le favoreció para estos acompañamientos el cambio de domicilio de la muchacha, que vivía cerca del alto de la cuesta de San Hilario, en una casita que daba á la Olmeda, desde que faltando el señor Rosendo y Chinto, el bajo de la calle de los Castros se hizo muy caro y muy lujoso para dos mujeres solas. Como la Olmeda puede decirse que es un rincón campestre, prestóse al naciente idilio con el género de complacencia que hace de la naturaleza amiga perenne de todos los enamorados, hasta de los menos poéticos y soñadores.

Febrero vió la aurora de aquel amor en un día clásico, el de la Candelaria, en que, según el dicho popular, celebran los pajaritos sus bodas sobre las ramas todavía desnudas de los árboles, para que con la llegada de la primavera coincida la fabricación del nido. Las vísperas de la fiesta eran muy señaladas en la Fábrica: andaban esparcidos por las estanterías, sobre los altares, ocultos en los justillos de las muje-

res, mezclados con la hoja, haces de rama de romero, y su perfume tónico y penetrante venía al del tabaco mojado. En el centro de los haces se hincaban candelicas de blanca cera, y había otras candelas largas y amarillas, compradas por varas y que se cortaban en trozos para hacer cuantas luces se quisiese; siendo el origen de traer estas candelas la creencia de que los niños muertos antes del bautismo y sepultados en las tinieblas del limbo, sólo el día de la Candelaria ven un rayo de claridad,—la de la luz que encienden, pensando en ellos, sus madres.—Al día siguiente, en la iglesia, envueltas en el romero bendito, habían de arder todas las velitas microscópicas.

Ya se comprende que entre las cigarreras marinedinas — cuatro mil mujeres al fin y al cabo—había muchas que querían enviar á sus hijos difuntos aquella caricia de ultratumba, fundir el hielo de la muerte al calor de la pobre candelilla; por otra parte, aun las que no tenían niños vivos ni difuntos, habían comprado romero, gustándolas su olor, y propuestas á llevarlo á la misa de la Candelaria, que al fin, como decía la señora Porcona con tono sentencioso, era “un día de los más grandes, hiiiigas... porque fué cuando la Virgen sintió el primer dolorito, por razón de que un cura que le llamaban Siméon le anunció lo que tenía que pasar Cristo en el mundo.”

La tarde de la Candelaria, Amparo, llevando el romero bendito oculto en el pecho, despedía un aroma balsámico, que pudiera tomarse por

suyo propio; tal era la lozanía y vigor de su organismo, cuya robustez, vencedora en la lucha con el medio ambiente, había crecido en razón directa de los mismos peligros y combates. Si la labor sedentaria, la viciada atmósfera, el alimento frío, pobre y escaso, eran parte á que en la Fábrica hiciesen estragos la anemia y la clorosis, el individuo que lograba triunfar de estas malas condiciones ostentaba doble fuerza y salud. Así le acontecía á la Tribuna.

Como era día festivo, Baltasar no la esperó á la salida de la Fábrica, sino en la Olmeda, á corta distancia de su casita. Había llegado Baltasar al mayor número de pulsaciones que determinaba en él la calentura amorosa. Su pasión, ni tierna, ni delicada, ni comedida, pero imperiosa y dominante, podía definirse gráfica y simbólicamente llamándola apetito de fumador que á toda costa aspira á consumir el más codiciado cigarro que jamás produjo, no ya la Fábrica de Marineda, sino todas las de la Península. Amparo, con su garganta mórbida gallardamente puesta sobre los redondos hombros, con los tonos de ámbar de su satinada, morena y suave tez, parecía á Baltasar un puro aromático y exquisito, elaborado con singular esmero, que estaba diciendo: "Fumadme." Era imposible que desechase esta idea al contemplar de cerca el rostro lozano, los brillantes ojos, los mil encantos que acrecentaban el mérito de tan preciosa *regalia*. Y para que la similitud fuese más completa, el olor del cigarro había impregnado toda la ropa de la

Tribuna, y exhalábase de ella un perfume fuerte, poderoso y embriagador, semejante al que se percibe al levantar el papel de seda que cubre á los habanos en el cajón donde se guardan. Cuando por las tardes Baltasar lograba acercarse algún tanto á Amparo é inclinaba la cabeza para hablarla, sentíase envuelto en la penetrante ráfaga que se desprendía de ella, causándole en el paladar la grata titilación del humo de un rico veguero y el delicioso mareo de las primeras chupadas. Eran dos tentaciones que suelen andar separadas y que se habían unido; dos vicios que formaban alianza ofensiva: la mujer y el cigarro íntimamente enlazados y comunicándose encanto y prestigio para trastornar una cabeza masculina.

El día espiraba tranquilamente en aquella alameda, que en hora y estación semejante era casi un desierto. Sentáronse un rato Baltasar y la Tribuna en el parapeto del camino, protegidos por el silencio que reinaba en torno, y animados por la complicidad tácita del ocaso, del paisaje, de la serenidad universal de las cosas, que los sepultaba en profunda languidez, y que relajaba sus fibras infundiéndoles blanda pereza muy semejante á la indiferencia moral. El sol languidecía como ellos; la naturaleza meditaba. Hasta la bahía se hallaba aletargada; un gallardo queche blanco se mantenía inmóvil; dos paquetes de vapor, con la negra y roja chimenea desprovista de su penacho de humo, dormitaban, y solamente un frágil bote, una cascarita de nuez, venía como una saeta

desde la fronteriza playa de San Cosme, impulsado por dos remeros, y el brillo del agua, á cada palada, le formaba movible melena de chispas. Por donde no las alcanzaba el último resplandor solar, las olas estaban verdinegras y sombrías; al Poniente, dorada red de movibles mallas parecía envolverlas.

A medida que avanzaba la sombra, levantábase del mar una brisa fresca, que agitaba por instantes los picos del pañuelo de Amparo y los cabellos rubios de Baltasar, en los cuales se detenían las postreras luces del sol, haciendo de su cabeza una testa de oro. Pronto la abandonaron, sin embargo, y también las montañas del horizonte empezaron á confundirse con el agua, mientras la concha blanca del caserío marinédino se destacaba aún, pero perdiéndose más cada vez, como si al ausentarse la claridad se llevase consigo la piña de edificios y el encendido fulgor de los cristales en las galerías. Marineda, la *Nautilia* de los romanos, se envolvía en una clámide de tinieblas. En breve comenzaron á distinguirse algunas luces que oscilaban sobre la masa obscura de la población, y presto se cubrió toda ella de puntos lucientes como estrellas de oro en un celaje sombrío. La noche, que ya reinaba, era de esas entreclaras y lácteas, pero frías, en que el equinoccio de primavera se anuncia por no sé qué vaga transparencia del cielo y del aire, y en modo alguno por la temperatura, que más bien parece recrudecerse. Baltasar y la muchacha, molestados quizá por el helado ambiente,

se aproximaban el uno al otro, hablando no obstante de cosas de poca substancia.

—No, Bilbao no es más bonito... ni tampoco Santander, digan lo quieran los santanderinos, que son muy patriotas. ¿Sabe V. lo que ha mejorado Marineda? ¿Y lo que está llamada á mejorar todavía? Esto crece á cada paso; vamos á tener barrios nuevos, magníficos, á la americana, ahí donde V. ve aquella lucecita... cabal: todo por ahí, á lo largo del baluarte.

—¿Y Madri? ¿Es mucho mejor que Marineda? —interrogó Amparo, por decir algo, enrollando un cabo de su pañuelo.

—¡Ah! Madrid, ya ve V.... al fin y al cabo, es la corte... Sólo la calle de Alcalá...

Este apacible diálogo encubría en Baltasar tempestuosos pensamientos; pero como no carecía de penetración y sabía que la muchacha era honrada y orgullosa, y vivía de su trabajo, comprendió que no debía tratarla como á cualquier criatura abyecta, sino empezar mostrándola cierta deferencia y aun respeto, género de adulación á que es más sensible todavía la mujer del pueblo que la dama de alto copete, habituada ya á que todos le manifiesten miramientos y cortesía. Lisonjeó mucho á la Tribuna el ver que se habían con ella lo mismo que con las señoritas, y auguró bien del rendido galán. Mas al caer la noche, Baltasar creyó poder apoderarse á hurto de una mano morena, hoyosa y suave al tacto como la seda. Amparo pegó un respingo.

—Estése V. quieto... Y va de dos veces que se lo digo, caramba.

—¿Por qué me trata V. así?—preguntó con pena fingida Baltasar, que en sus adentros re-negaba de la virtud plebeya.—¿Qué mal hay en...?

—¿Por qué?—repitió Amparo con sumo brío.—Porque no me conviene á mí perderme por V. ni por nadie. ¡Si que es uno tan bobo que no conozca cuando quieren hacer burla de uno! Esas libertades se las toman Vds. con las chicas de la Fábrica, que son tan buenas como cualquiera para conservar la conducta. ¿A que no hace V. esto con la de García, ni con las señoritas de la clase de V.?

—¡Diantre!—pensó Baltasar:—no es boba.

Y al punto, mudando de táctica, habló con gran rapidez, diciendo que estaba enamorado, pero de veras; que para él no había categorías, distinciones ni vallas sociales, encontrándose el amor de por medio; que Amparo valía tanto como la más encopetada señorita, y que el des-liz no provenía de falta de respeto, sino de sobra de cariño: todo lo cual esforzó con mil dulces é insinuantes inflexiones de voz. Amparo respondió "cantando", su credo y sus principios: ella no quería ser como otras chicas conocidas suyas, que por fiarse de un pícaro allí estaban perdidas: ella bien sabía lo que pasaba por el mundo, y cómo los hombres pensaban que las hijas del pueblo las daba Dios para servirles de juguete: lo que es ella, bien se había de librar de eso; bueno que se hablase un rato, en lo cual no hay malicia; pero ciertas libertades, no; ya podía saberlo el que se arrimase á

ella. Baltasar juró y perjuró que su amor era de la más probada y acendrada pureza, y que sólo limpios é hidalgos propósitos cabían en él; y en el calor de la discusión, los dos interlocutores se volvieron á hallar sentados en el parapeto, y la mano antes esquiva se mostró más tratable, consintiendo que la prendiesen dos manos ajenas.

—Hoy se casan los pajaritos—murmuró Baltasar después de un breve instante de silencio.

—Día de la Candelaria... Hoy se casan—repitió ella con turbada voz, sintiendo en la palma de la mano el calor de la diestra de Baltasar, que amorosamente la oprimía. Pero él fué discreto y no quiso abusar de la victoria, por temor de perder las ventajas adquiridas, y también porque empezaba á correr agudo frío en la solitaria alameda, y Amparo se levantó quejándose del relente y del aire, que cortaba como un cuchillo. Cruzáronse dos protestas de ternura, en voz baja, envueltas en el último apretón de manos, delante de la casa de la pitillera.